

TEXTO COLECTIVO DEL: 3 DE MAYO 2010

Autores: Gabriela Vidas, Gerardo Daniel Regner, Cristina Tempestini, Negro YGucha, Polo Juárez, Patri Lerner, Daiana Balmaceda y Ana María Demarchi

Gumersinda se despertó, y aún sin mover un músculo, se dio cuenta de que, la noche anterior, había tomado unas ginebras de más. La cabeza se le partía del dolor, y la entrepierna le ardía como carbón encendido. Quiso manotear la almohada y, en el tirón de sábanas, las sintió mojadas. "Qué pelotuda, me meé otra vez", pensó.

Spispeando por el rabillo con esfuerzo y desgano, vio la mancha, roja. Sangre. Se tocó la osamenta asustada. Pero no era suya.

Sintió ruidos inconfundibles que provenían desde el baño. La canilla abierta que siempre producía un chirrido agudo. Se sentó en la cama, pestañeó con fuerza, mantuvo los ojos bien abiertos hasta que pudieron enfocar con nitidez la mancha y el desastre de vidrios entre las sábanas.

- ¡Lorenzo! ¿Vos hiciste esta chanchada?

- Sí... se ve que nos dormimos con las copas en la cama... eso por hacernos los finolis, ¡tomar ginebra en copa! Sólo a vos se te ocurre...

- ¿Y cuándo las vamos a usar si no? Loren... no sé si te has dado cuenta pero nos va quedando poco.

- ¡Qué poco ni poco! ¡Sabés cuántas noches como esta te puedo hacer pasar todavía Gumer!

- Dale, secate bien y ponete una curita. Si no te alcanza hay gasa y cinta adhesiva en la cajita de lata que está en la alacena al lado del alcohol.

¿De quién era? Se preguntó por segunda vez en esa mañana Gumersinda. Pero ya no se refería a la sangre, sino al calzoncillo colorado que tenía enredado en la pata. Definitivamente, de Lorenzo no. El odiaba, como buen bostero y peronista, cualquier trapo rojo. La prenda íntima desconocida le causó más pavor que ver a su chonguito que, desde la puerta del baño, le regalaba una sonrisa seductora y alcohólica, con la cara más cortada que Al Pacino.

En cuanto Loren separó su mirada de la de ella, se quitó el calzón del tobillo, y en un solo movimiento lo abolló y lo tiró detrás de la mesita de luz. No lograba entender cómo había llegado eso ahí, qué había pasado, cómo era posible que no pudiera recordar nada de la noche anterior. Ni siquiera estaba segura de la ginebra, ya que sentía en su cuerpo el cosquilleo del champagne.

- Ya te dije que no me digas Gumer, que mi apodo ¡es Cindy! -dijo a los gritos.

- ¿Cindy? ¿y de dónde carajo sacaste ese apodo? ¿¿te hacés la estrella de jólibu??

- Cindy, Gumersinda, sinda, Cindy, ¿entendés, tarado? -le aclaró, superada.

- Aaaaahhhh... ¿che, este pervinox está vencido? -dijo Loren mientras cerraba la puerta del baño.

Gumersinda no lograba coordinar sus pensamientos, solo atinó a buscar sus zapatos. Manoteó debajo de la cama, esperando rozar un taco. Pero no fue exactamente lo que tocó.

- Si esto es lo que me imagino, acá se arma -dijo, como para que Loren la escuche- ¡Lorenzo Espinoza, ¿no habíamos quedado que era la última vez?!

Cuando escuchó su apellido, Lorenzo se alarmó. Abrió lentamente la puerta del baño y vio a Gumersinda con uno de los paquetes.

- Dejé eso, Cindy, que es para tu operación.

- Pero me prometiste que...

- Gumer: lo tuyo no figura en el nomenclador de la obra social de camioneros, ¿qué querés que haga? Poné eso bajo la cama, a ver si viene alguien...

Gumersinda tiró el paquete sobre la cama.

- No me gusta, tiene ojos de pescado -dijo entre pucheros.

Se refería a una de las quince muñecas primorosamente envueltas en papel celofán y cuidadosamente rellenas de algo que no era lana.

Mientras maldecía y mascullaba bronca, Gurmescinda sintió que algo le tocaba la espalda. Pegó un grito de terror y tapándose la cara con el "cargamento ilegal" de Lorenzo aulló:

- ¡Hay alguien más aquí! ¡Yo sabía! ¡Loooooooooooooren! ¿Qué tengo atrás? ¡Auxiiiiiiiiilio!

El amante de Gumersinda salió a medio afeitado del baño, alarmado por semejante alboroto, con tanta mala suerte que tropezó y cayó de lleno sobre su amada, desparramando las muñecas por toda la habitación.

- ¡Torpe! -dijo una tercera voz conocida.

Como si hubiera quedado con todos los huesos rotos, Lorenzo se levantó lentamente. Miró hacia arriba y se encontró con la mirada burlona de una muñeca que había logrado quedar colgada de la araña central de la pieza.

Gumersinda estaba paralizada ¿Había pasado la noche con los dos?

- ¿Qué me mirás con esa cara? ¿nunca viste una muñeca que hable? ¿ni siquiera viste 'Chucky'? Vos sos una otaria... -ironizaba entre carcajadas la 'Piel Ross' de cabellos vinílicos. Lorenzo volvió a meterse en el baño aguantando la carcajada para no descongelar a Cindy de su estupor.

Sin poder creerlo Cindy descolgó a la muñeca parlanchina, y se atrevió a esbozar una pregunta: ¿Sos vos una muñeca de esas que le apretás la panza y hablan? La muñeca abrió sus grandes ojos de cerámica y le contestó: "No, pero no entendés nada, soy una muñeca mágica que he sido pasada de mano en mano para cumplir deseos y así, cuando encuentre el mejor deseo de todos, por fin retomar la forma humana que tanto tiempo atrás perdí. Ahora no me hagas perder tiempo, llámalo a Lorenzo y decidan qué van a pedir por que no tengo toda la vida viste...".

Con las neuronas funcionando a mil por hora, Cindy llamó a Lorenzo con una voccecita suave como si temiera romper el encanto mientras pensaba qué carajo podía pedirle cuando, de las muchas cosas que tenía en mente, no atinaba a decidir cuál era el mejor deseo. Le comentó a Lorenzo todo lo sucedido, pero él no le creyó:

- ¡Hay mucho alcohol en ese cuerpito, todavía! -dijo lanzando una carcajada y recordando cómo había hecho hablar a la muñeca con sus dotes de ventrílocuo. No terminó de dar un cuarto de giro que sintió que una fuerza le empujaba el hombro haciéndolo trastabillar.

- ¡Gumersinda, no jodás! -gritó enojado y giró para encarar a la mujer, pero se encontró con algo realmente sobrenatural.

- ¿Estás seguro que estas muñecas tienen metacrilato? -gritó la mujer- ¡Yo no me quiero operar!
¿Por qué me obligás? -mientras tanto la "Piel Ross" flotaba en el aire y hacía volteretas.

Secándose algunas lágrimas de un incipiente llanto y recuperando el aliento, Cindy se levantó lentamente de la cama esquivando las acrobacias de "la articulada" y se acercó a Lorenzo:

- ¿Y si le damos bola y le pedimos un deseo?

- ¡Ni loco! Se parece a mi ex mujer

Haciendo caso omiso a la referencia sobre la anterior pareja, insistió:

-¡Sólo uno, porfi!! ¡Uno que sea el mejor deseo para ella y el más grande, el más inalcanzable, el más ansiado para nosotros... Loren, por lo que más quieras. -rogaba entre sollozos.

- Lo que más quiero es que te cures, negrita mía -dijo estrechándola en sus brazos con fuerza, apretando los párpados para que no escape una lágrima delatora, a pesar de la coraza con que intenta envolverse.

- ¡Sea! -exclamó la muñeca.

Y Gumersinda se curó de la verruga que le afeaba el rostro. Y la muñeca se transformó en una señora con chanquetas y rulos. Y, claro, Lorenzó las observaba sin poder creer lo que estaba viendo, ni la creciente rigidez en sus pupilas, mejillas, y en todo el cuerpo.

Hasta que un reluciente celofán le nubló la vista.